

A Carlos Osia se le ocurrió morirse, y se murió. Sospecho que la idea era antigua, probablemente cuando se convenció que el mundo es y será una porquería. Vivir siempre ha sido -pero hoy lo es más- luchar y resistir. Más fácil es morirse. En vez de hacerlo por la vía rápida, Carlos decidió morir a poco. No quería que se notara. Así engañaba a los demás y a sí mismo. Se acercó a la muerte de medio lado, como al descuido. Junto enfermedades: diabetes, insuficiencia renal y, por supuesto, clorosis (sin clorosis no habría tango). Se automedicaba -porque los médicos, todos sabemos, son unos ignorantes-. Se emborrachaba con calumatas y pisco; se asistía y fumando incontables cigarrillos se sentía a esperar. La gangrena comenzó en un pie -se autodiagnosticó gota-, fue subiendo por la pierna derecha, avanzando como sólo sabe hacerlo la gangrena. En el quirófano hubo que amputar hasta la altura de la cadera. Pero ni así. Un paro cardíaco mineralizóndose detuvo en seco la carrera. Gemido de bandoneón.

Alrededor de la medianoche del 31 de julio, Carlos Osia Coo, 62 años, periodista, expirió en la Asistencia Pública "Dr. Alejandro del Río", donde muere los gaspos asfixiados a balazos o enciudos a puñaladas. Sus hijos lo visitaron, lo magullaron para que se vierá bonito, le pusieron su camisa favorita -la negra con rayitas rojas- y los anteojos para que encontrase el camino. No olvidaron meterle en el bolso un paquete de cigarrillos. ¡No faltaba más!

Como era lúcidamente consciente, lo velaron en el Teatro "Camillo Henríquez" del Círculo de Periodistas. Uno de sus hijos, Carlos Joaquín, periodista como él, tuvo la buena idea de poner música de los tangos que más le gustaban. Tuvó cristiana sepultura en un cementerio de Maipú. Mucha gente, discursos, flores. Allí quedó Carlos Osia en su silencio definitivo. El habrá querido el cementerio de la Chacarita -en Buenos Aires, la ciudad amada- cerca de la tumba del Zorzal Criollo con su eterno cigarrillo entre los dedos. Carlos Osia también fue un señor del tango. Se sabía autores, intérpretes, orquestas, letras, fochas y estudios donde se hicieron las grabaciones; el nombre del pianista que falló ese día y del que lo remplazó; el membrete del papel en que Discópolo escribió su última composición, etc. Era una enciclopedia del tango. Razamaha sabiduría tangüera. Se podía apostar sin miedo a sus manos en una discusión sobre el tema.

Lo mismo sabía de fútbol. Hasta Eduardo Galeano, que de saber sabe, lo consultó para su libro *A sol y a sombra*. Carlos le proporcionó el nombre del inventor de la "chilena", nuestro aporte nacional al arte futbolero.

Sin embargo, en *Punto Final* Carlos Osia no escribía de tango ni de fútbol (ni de economía, que también dominaba) sino de cine y televisión. ¡Y cómo sabía! En esta misma página se publicaban las secciones Televisión, que firmaba Polifemo, y *Panorama Grande*, cuyo autor era Carlos Osia. Dos personas distintas y un solo autor no más. El mismo estilo punzante, entremesado, frases limpias, palabras escogidas en el alfilerito del sarcasmo. En sus artículos flotaba

Réquiem en tono de tango

un vago humor al que su simidez -porque Osia esencialmente era un simido- no dejaba fluir libertad. Su ironía, sin embargo, se convirtió en hiel a medida que Carlos fue cuesta abajo en su rodada. Se hizo hiper crítico, nada le pasaba, nada perdurable; era amargo y gruñón.

En marzo de este año comenzó a desaparecer. Sus colaboraciones se hicieron irregulares. En mayo (PF 368) publicó su última nota, un homenaje -también amargo- al cineasta cubano Tomás Gutiérrez Alea, al que el cáncer se llevó al ojo mundo. Ya sólo nos comunicábamos por teléfono. Carlos se recluyó en su departamento. Su voz se hizo cada vez más temblorosa, prometiendo consultar a un médico. No lo hizo nunca. Se moría lentamente, padeciendo en vida, hablando y fumando, tomando calmantes y consiguiendo que aceleraran la gangrena.

No quiso mirarlo en su ataud ni lo fui a dejar a Maipú. Carlos quedó en duda con quienes lo queríamos y admirábamos. No tenía derecho a morir sólo porque lo dio la gana. Pudo optar por la vida, contribuir con su talento a recrear ilusiones y surtos perdidos. Pero ganó su egoísmo, su propio cansancio, se derrotó, que no quiso compartir con nuestras angustias y desvelos.

No sé cuándo empecé a derivar hacia la autodestrucción. Parece que fue hace mucho, mucho tiempo. Lo marcó una tragedia en su matrimonio de juventud. La separación -que él decidió- de sus tres hijos. La muerte de su madre -un custodio suyo, La Señora refleja su relación con ella-. Las esquinas rotas del amor maduro. El asesinato de uno de sus mejores amigos en Buenos Aires, las amenazas de la Triple A y la fuga bajo amparo de ACNUR hacia Holanda. La incomunicación en ese país, se negó a aprender el idioma -el aislamiento ensimismado por largos períodos. Cuarenta años de silencio con sus hijos en Chile. Un reencuentro fugaz en Mendoza, al otro lado de la frontera de la dictadura. El retorno a un país cambiado, frío y materializado. El desmorne del socialismo fallo pero real. La crisis ideológica y su carga de excepcionalismo, ironía, escorpión, desconfianza, asombro cotidiano, más escépticismo y así hasta secar el alma. En ese temporal han naufragado otros más fuertes que Carlos. El tuvo la dignidad de morirse

mientras a otros la gangrena les corre por venas -en la esquina de Compañía sobre la Plaza Brasil- tenía ventanas encerradas para impedir la fuga del dervario.

Carlos y su mamá, así como mi hermana Amelia, mi mamá y yo, vivíamos en pensiones. Nuestro universo privado era una pieza, un par de camas, una radio, un anafe Primus y un par de maletas con ropa. Cada cierto tiempo mi mamá contrataba una carreta y nos mudábamos en el mismo barrio. Las mudanzas eran mi festa triste. Como hombre de la familia iba en el pasacalle con el conductor de la carreta, era señor de los caballos por un rato.

No sé si Carlos tuvo las mismas experiencias. Recuerdo su simidez: se sonrejaba fácil, no sabía defendarse de los demás niños. Yo, que nunca fui bueno para los搏mes, lo protegía. Agradecido, él compartía conmigo su sandwich de dulce de membrillo pero yo prefería mi marranquita con aceite y sal. De la pobreza, no hablábamos. Pero sí de las series -Flash Gordon, El Arquero Verde, El Hombre Araña, El Llanero Solitario- que seguíamos los domingos en el teatro Alcázar o en el Novedades. La

El Instituto estaba en Agustinas entre



CARLOS Osia Coo en una charla sobre tango en el Círculo de Periodistas de Santiago.

Cuelo y García Reyes. Hay ahora un liceo del mismo nombre. Pero entonces los alumnos éramos niños de familias vendidas a menos y el colegio era barato.

Carlos era hijo único. Su mamá, viuda de un imaginario de la Corte, trabajaba en la Casa de Moneda. Mi mamá era separada y trabaja en el Instituto de Crédito Industrial. Ambos éramos niños de la Plaza Brasil donde los muchachos grandes se agarraban a puñetazos con los cadetes militares los sábados por la noche. Iban fieros combates por el amor de tiernas niñas que hoy son abuelas.

La familia de Carlos tuvo plaza y un caserío en la aristocrática calle Repùblica. Un abuso, pisón, dilapidó la fortuna. Hubo también un bizarro buscador de oro en California. Las historias eran vagas. Hasta el apellido Coo, doña Carlos, no era lo que parecía. En su origen fue Cohen.

Yo también tenía un secreto terrible: una tía loca -prima de mi madre- internada en las moras de la Preciosa Sangre. El con-

avenida Portales, provinciana hasta hoy, y la querida Plaza Brasil, eran los inconfundibles territorios de nuestra fantasía. En la plaza todavía está el árbol atoso y digno, de grandes nudos y espeso follaje, nostálgico bosque de 40 caídos cuando Carlos y yo fuimos camaradas de Sandokán en la Matanza.

Carlos siempre llegaba tarde a clases. No perdía esa costumbre. También aparecía en PF con sus críticas de cine y televisión sobre la hora de cierre. Yo cumplía mi deber de director, ponía cara de circunstancias, lo amenazaba, la próxima vez su material quedaría fuera. Carlos abría tamazos ojos, farfullaba, enrojecía y comentaba a hilvanar promesas. Entonces yo me echaba a reír y volvíamos a ser niños. Porque los viejos seguimos siendo niños, aunque sólo podemos reconocernos entre nosotros mismos.

Por eso no quise verlo en su ataud. Me contaron que estaba en paz, parecía no tener ya temor alguno. ■

M.C.D.

AUTORÍA

M. C. D

FECHA DE PUBLICACIÓN

1996

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Réquiem en tono de tango [artículo] M. C. D. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile